



La Escalera
Lugar de lecturas

COMIENZA A LEER...
**MATHIAS
ENARD**



MATHIAS ENARD

Desertar

Traducción de Robert Juan-Cantavella



RANDOM HOUSE

Y contra sus mejillas frescas posé yo mi mejilla,
que solo conoce el beso de la culata del fusil.

FRANCIS JAMMES,
Cinq Prières pour le temps de la guerre

I

Ha dejado el arma en el suelo y se quita como puede las botas, cuyo hedor (excrementos, sudor roñoso) viene a sumarse al cansancio. Los dedos sobre los lazos deshilachados son ramas resecas ligeramente chamuscadas aquí y allá; las uñas son del color de las botas, habrá que rascarlas con la punta del cuchillo para arrancarles la mugre, el fango, la sangre reseca, pero eso será después, ahora no le quedan fuerzas; del calcetín asoman dos dedos de carne y tierra como enormes gusanos maculados que escaparan reptando de un tronco oscuro, nudoso a la altura del tobillo.

Enseguida se pregunta, como cada mañana, como cada noche, por qué las botas le apestan a mierda, es inexplicable,

ya puedes remojarlas en los charcos que te vas encontrando, frotarlas contra los herbajos chirriantes, que no hay forma,

y eso que tampoco es que haya tantos perros o animales salvajes por estas alturas guijarroas pobladas de encinas, de pinos y matorrales espinosos donde la lluvia deja tras de sí un fino fanguillo y un aroma de sílex, y no de mierda, y sin embargo es como si toda la región hediese a humedad, desde el mar, las colinas de naranjos y luego de olivos, hasta lo más profundo de las montañas, de estas montañas; incluso él mismo, su propio olor y no el de las botas, pero no logra decidirse y las acaba arrojando contra el borde de la torrentera que lo oculta del sendero, un poco más arriba en la cuesta.

Se tumba de espaldas directamente sobre las piedras, suspira, el cielo es violáceo, los destellos del ocaso iluminan por debajo las nubes rápidas que son un lienzo, la pantalla de unos fuegos artificiales. La primavera ya casi está aquí y con ella se avecinan las lluvias, a menudo torrenciales, que transforman las montañas en bidones acribillados a balazos y las desbordan por el menor huequecito en poderosas fuentes, cuando el aire huele a tomillo y a la flor de los frutales, copos blancos esparcidos entre las paredes por la violencia del aguacero. También sería mala suerte que ahora se pusiera a llover. Aunque al menos le limpiaría esos pellejos. Las botas, el uniforme, los calcetines, pues tiene dos pares y están los dos igual de acartonados, rígidos, ajados. La traición comienza por el cuerpo,

¿hace cuánto que no te lavas?

Cuatro días que caminas cerca de las crestas para evitar los pueblos,
la última agua con que te refrescaste olía a gasolina y dejaba la piel
grasienta,

estás muy lejos de la pureza, solo bajo el cielo observando de reojo los
cometas.

El hambre lo obliga a enderezarse y a engullir sin placer tres galletas militares, las últimas, unas placas marrones y duras, sin duda una mezcla de serrín y pegamento de yegua vieja; por un instante maldice la guerra y a los soldados,

tú sigues siendo uno de ellos, aún llevas armas, munición, recuerdos de guerra,

podrías esconder el arma y los cartuchos en un rincón y convertirte en un mendigo, deshacerte también del cuchillo, los mendigos no llevan puñal,
las botas con olor a mierda, seguir descalzo,
la chaqueta de color miseria e ir a pecho descubierto,

acabada la comida, se bebe los restos de la cantimplora y juega a mear tan lejos como puede hacia el valle.

Vuelve a acostarse, esta vez contra la pared, la parte inferior de la mochila bajo la cabeza; en la sombra es invisible, lástima por los bichos (arañas rojas, minúsculos escorpiones, escolopendras con dientes afilados como remordimientos) que corretearán sobre su torso, se deslizarán sobre su cabeza prácticamente al cero, se pasearán por esa barba suya más áspera que una zarza. El fusil contra sí, la culata bajo el hombro, el cañón hacia el suelo. Envuelto en el trozo de tela grasienda que le sirve de manta y de techo.

La montaña ruge; un poco de viento dobla las cumbres, desciende hasta el valle y vibra entre los arbustos; el grito de las estrellas es glacial. No hay nubes, esta noche no lloverá.

Ángel santo de la guarda, protector de mi alma y de mi cuerpo, perdóname todos los pecados cometidos en este día y líbrame de las tretas del enemigo, a pesar del calor de la oración la noche sigue siendo una fiera nutrida de angustia, una fiera con aliento de sangre, ciudades en ruinas recorridas por madres que blanden el cadáver mutilado de sus hijos frente a hienas desaliñadas que los torturarán y los dejarán desnudos, mancillados, los pezones arrancados a bocados ante la mirada de sus hermanos violados con un garrote, el terror desparramado por todo el país, la peste, el odio y la noche, esa noche que te sigue envolviendo para echarte en brazos de la cobardía y la traición. De la huida y la deserción. ¿Cuánto tiempo habrá que seguir caminando? La frontera está a unos pocos días de aquí, más allá de las montañas que pronto se convertirán en colinas de tierra roja punteada de olivos. Esconderse va a ser difícil. Muchos pueblos, ciudades, campesinos, soldados,

tú la región ya la conoces,

aquí estás en casa,
nadie va a ayudar a un desertor,
mañana llegarás a la choza de la montaña,
la cabaña, la casucha, allí te refugiarás un tiempo,
la cabaña te protegerá con su infancia,
vendrán los recuerdos a acariciarte,
a veces el sueño llega por sorpresa como la bala de un francotirador
emboscado.

II

Hace más de veinte años, el 11 de septiembre de 2001, en el Havel, cerca de Potsdam, a bordo de aquel crucero, un barquito fluvial bautizado con el bonito y pomposo nombre de Beethoven, el verano parecía vacilar.

Los sauces seguían verdes, los días aún eran templados, pero antes del amanecer subía del río una niebla glacial, y unas nubes enormes llegadas del lejano mar Báltico se deslizaban sobre nosotros.

Nuestro hotel flotante había salido de Köpenick, al este de Berlín, el lunes 10 a primera hora de la mañana. Maja aún estaba ágil, energética. Subía a la cubierta superior para caminar; un paseíto entre los chubascos, las tumponas y los juegos de cubierta. Las cúpulas verdes y la flecha dorada de la catedral de Berlín, allá a lo lejos al pasar, la tenían encandilada. Se imaginaba a todos aquellos angelitos dorados, eso decía, escapando de su prisión de piedra y alzando el vuelo en una nube de hojas de acanto mecidas por el sol.

El agua del Spree era ora de un azul oscuro y mate, ora de un verde rojizo. Las semanas anteriores, toda Alemania se había visto sacudida por unas tormentas cuyas aguas vinieron a cebar incluso el Havel y el Spree, por lo normal más bien bajos a finales de aquel verano.

Navegábamos entre remolinos.

Me acuerdo de la confluencia del Spree, los islotes arbolados, la luz de sal que salpicaba los altos álamos negros y el flujo fangoso del canal que la

estela de la embarcación mezclaba con las enceradas aguas del río.

Maja y yo estábamos en cubierta cada una en una butaca de lona, al sol, en la parte de atrás, en la popa como debe decirse, y mirábamos cómo todo iba huyendo: el paisaje se ensanchaba como si el estrave del barco fuese abriendo la materia verde del follaje.

Celebrábamos con unos meses de retraso los diez años de la refundación del Instituto por parte de Paul, y a la vez rendíamos homenaje al propio fundador. O, más concretamente, celebrábamos los diez años de la «unificación» del Instituto, en la primavera de 1991, y los cuarenta años de su creación, en 1961. Pero ante todo se trataba de una celebración de las investigaciones de Paul. Creo que no faltaba nadie: de los históricos, los del Este, estaban todos; de los miembros nuevos, los colegas de Berlín y de otros lugares, casi todos habían respondido presente. Algunos, entre ellos Linden Pawley, Robert Kant y unos cuantos investigadores franceses, venían incluso del extranjero. Aquel congreso flotante se titulaba «Jornadas Paul Heudeber»; teníamos previstas dos sesiones al día, teoría de los números, topología algebraica, y una sesión de historia de las matemáticas en la que debía participar yo.

El único ausente era el propio Paul.

Maja acababa de festejar su octogésimo tercer aniversario.

Maja bebía litros de té.

Maja estaba contenta y triste y silenciosa y locuaz.

Todos sabíamos que allí, a bordo del Beethoven, en un coloquio de matemáticas, no pintaba nada; todos sabíamos que era indispensable.

Prof. Dr. Paul Heudeber
Elsa-Brändström-Str. 32
1100 Berlín Pankow
RDA

Maja Scharnhorst
Heussallee 33
5300 Bonn 1

Domingo, 1 de septiembre de 1968

Maja Maja Maja
Quitémosle el posesivo: el amor desnudo.
Pues ha ido creciendo en la ausencia y la noche: la falta de ti es una fuente. Un cuerpo, un anillo; eres marchamo de todo, única. Tu alejamiento acerca el infinito. Solo tú me permites esconderme del tiempo, del mal, del flujo de la melancolía. Cuando oigo sus gritos, me pregunto qué fue de mi juventud.

Me tapo los oídos con cálculos científicos.
Ruedo cuesta abajo por superficies que nadie ha pisado antes.

Me acuerdo del septiembre de 1938. El fuego anidaba en el hierro;
nuestro fuego en los hierros.

Nos manteníamos de pie frente a las ruinas por venir.

Nos mantuvimos, pendiendo el uno del otro por la fuerza del recuerdo.

Como nos mantenemos firmes hoy, en el miedo y la esperanza cara al mundo ante nosotros.

Irina acaba de cumplir diecisiete años; para una estrella, apenas un parpadeo.

Me muero de ganas de que vuelvas por aquí.

Haré concesiones; os visitaré en el Oeste.

He leído tu precioso texto sobre el asunto de Praga, en ese horrible periódico.

Echo de menos nuestros enfrentamientos.

El martes salgo hacia Moscú, un congreso.

Me pregunto cómo estarán pensando allí estos tiempos peligrosos.

Moscú de las gruesas torres y los camaradas.

Escríbeme.

Decir que te mando un beso es poco decir.

PAUL

La mayoría de los viajeros en tren prefieren sentarse en el sentido de la marcha.

Un historiador es un viajero que decide no sentarse en el sentido de la marcha.

El historiador de las ciencias es un historiador que, sentado en sentido contrario al de la marcha, vuelto hacia atrás y a diferencia de la mayoría de los historiadores, no mira por la ventana.

La historiadora de las matemáticas es una historiadora de las ciencias que, sentada en sentido contrario al de la marcha, con los ojos cerrados, trata de demostrar que los árabes inventaron los trenes.

Nadie se rio.

Debo decir que yo era la única historiadora del coloquio. Todos los demás eran matemáticos, matemáticas, físicos, físicas o, peor aún, lógicos. Todas y todos sentados en el sentido de la marcha. Mirando hacia la innovación, la invención, el descubrimiento. Yo era la única que no se interesaba tanto por las gloriosas demostraciones e invenciones del mañana como por los empalagosos meandros del pasado. Meandros del pasado que proyectan sus luces hacia el fondo del futuro, y yo, durante la sesión de las Jornadas Paul Heudeber en el Havel, sentía que aquel público de eruditas y eruditos escucharía mi exposición sobre Nasiruddin Tusi y los números irracionales con un respeto solamente circunstancial, lleno de consideración

por mí y por mi madre, quien entre paseo y paseo por cubierta y a pesar de su avanzada edad, no iba a perderse un segundo de las intervenciones.

Maja estuvo en el origen de la idea de aquel coloquio fluvial; creo recordar que Jürgen Thiele, el secretario general, había propuesto «un paseo vespertino por el Spree o por el Havel» como conclusión de las Jornadas, que inicialmente iban a celebrarse en el Instituto en Berlín; ella hizo una mueca, en el mejor de los casos el Spree o el Havel siguen siendo Berlín, en el peor Brandemburgo, por qué no el Danubio, y Jürgen Thiele abrió mucho los ojos, el Danubio, pero está muy lejos, e imagino que Maja se echaría a reír, de acuerdo, vayamos por el Havel, pero por lo menos que todo el coloquio sea en un barco, y Jürgen Thiele estaba agobiado (me lo explicó él mismo más tarde) porque en esos días de homenaje no quería negarle nada a mi madre, pero sus fondos eran limitados; la historia de un coloquio fluvial le seguía pareciendo absurda, un capricho de viejos.

Sin embargo, pocas semanas antes de la publicación de la convocatoria para las Jornadas, Thiele se vio sorprendido por la llegada de dos cartas en un mismo día: una informándole de que la facultad de matemáticas de la Universidad de Potsdam se ofrecía a coorganizar con nuestro Instituto las Jornadas Paul Heudeber, y otra en la que la Fundación Georg Cantor (sin que Thiele hubiera solicitado nada) concedía una enorme subvención para la celebración del coloquio, lo cual hacía posible (aunque igual de aberrante, pensó, pero no lo dijo) organizarlo sobre el agua.

La trágica muerte de Paul unos años antes había suscitado una cálida emoción en la comunidad científica; todo el mundo estaba dispuesto a participar, y aunque la mayoría de los organizadores (Jürgen Thiele el primero, pensé yo) ignoraba las razones del deseo de Maja, nadie quería decepcionarla. Las dos misivas llegaron en el momento oportuno, y Jürgen tenía todos los motivos para sospechar, seguramente con razón, que Maja

había tomado su estilográfica o descolgado el teléfono: aunque teóricamente retirada de la política desde las elecciones federales de 1998, seguía teniendo el poder suficiente como para atraer sobre sus proyectos una «atención generosa». El dinero de la Fundación Georg Cantor fue bienvenido; como coorganizador, Jürgen Thiele se puso en contacto con la Universidad de Potsdam, que celebraba su décimo aniversario y cuya fundación había contado con la ayuda de Paul: muchos de los profesores de matemáticas habían sido alumnos suyos.

Así que las Jornadas Paul Heudeber se celebrarían en el Havel, a bordo de un crucero con una sala de conferencias capaz de acoger a la cincuentena de congresistas. La mayor parte de los participantes no berlineses se alojaban en un hotel frente a la isla de los Pavos Reales, es decir, técnicamente en Wannsee; un hotel con nombre de albergue medieval o alpino, La Lechuza Blanca, que Maja aseguraba (yo me pregunté de dónde podía sacar semejante certeza) que existía por lo menos desde el siglo XVI, pero cuyo edificio actual –columnas dóricas sustentando un balcón monumental, ventanas con postigos verdes, rosales trepadores, como en un cuento de hadas, para suavizar la fachada con sus innumerables flores de un rojo muy oscuro tirando a negro– había sido reconstruido por Karl Schinkel durante el primer tercio del siglo XIX. La Lechuza Blanca estaba perdido en mitad del bosque, al borde del inmenso lago que el Havel atravesaba. En el Beethoven solo estaban alojados los *key speakers* y algunos otros VIP del coloquio, pues no había muchos camarotes; en cambio, las «navegaciones» de día estaban abiertas a todos: Potsdam-Elba el miércoles, jornada de homenaje propiamente dicha, sobre las investigaciones de Paul, luego isla de los Pavos Reales-Köpenick por Spandau el jueves, para clausurar las celebraciones. Solo unos pocos invitados prestigiosos llegaron el domingo

para disfrutar de la «puesta en marcha» del barco, de Köpenick a Wannsee, y por lo tanto de un día de crucero adicional, el lunes, a través de Berlín.

Jürgen Thiele era todo empatía, desorden y buena voluntad. Jürgen Thiele, si bien todavía era secretario general del Instituto, ya solo seguía en el cargo por fidelidad a Paul, de quien había sido alumno treinta años antes; reconocía gustosamente que estaba cansado de organizar, de implementar, de ordenar; montar una simple comida de Navidad me horroriza, confesaba. ¡Así que imagina un coloquio con cincuenta personas! La Universidad de Potsdam le había puesto una coorganizadora adjunta, una joven doctoranda en teoría de números llamada Alma Sejdić que, en su tesis, trataba de demostrar un corolario de la primera conjetura de Paul. El añadido resultó tan nefasto como hilarante: en lugar de acumularse, esas dos fuerzas parecían conjugarse inútilmente, cuando no anularse. Los descuidos se descuidaban dos veces, las meteduras de pata acontecían por duplicado. Era como hacer un dibujo con dos bolígrafos sujetos con una goma: constreñidas por el propio Euclides, a pesar de todos sus esfuerzos las paralelas nunca llegaban a confluir.

Jürgen Thiele tuvo que hacer gala de toda su diplomacia para no ofender a la Universidad de Potsdam, que no entendía por qué había que financiar el alquiler de un crucero *lujoso* a solo unos pocos kilómetros de sus instalaciones; pero Jürgen Thiele se había sacado de la manga la subvención de la Fundación Georg Cantor, y la idea de un congreso flotante a todo el mundo le acabó pareciendo *apasionante*.

Y así, tras varios meses de ballet en el caos, el lunes 10 de septiembre, tal como estaba previsto, Maja y yo embarcamos en Köpenick en compañía de Linden Pawley, cuyo vuelo procedente de Nueva York había aterrizado en Tegel esa misma mañana, del inevitable Robert Kant de Cambridge, y de Jürgen Thiele, que puso a nuestra disposición cinco lujosos camarotes.

III

Cada mañana desde su partida lo despierta el frío poco antes del alba. Tirita. Ningún movimiento brusco para que el rocío, perlas negras sobre la tela, no se escurra. Doblando la tienda pacientemente en forma de canal, consigue llenar la cantimplora con unos centilitros y beberse ese sudor del alba, helado, que será su único alimento en toda la mañana.

Una vez los pies perezosos envueltos en esa esponja de punto de un verde miserable y todavía húmeda, se pone en marcha en dirección a su destino, hacia el norte, porque la debacle y el olvido hay que nombrarlos. Una vez más duda si deshacerse del fusil, pesa mucho y la correa es incómoda, demasiado corta desde que la cortó para hacerse un cinturón con este cuchillo aún tan afilado, testigo también él de una soledad peligrosa, embriagada de sangre, ya no lo piensa, otra vez camina mientras los primeros rayos de sol horadan las sombras del pedregal. Esos agujones de luz animan a los gorriones, a las currucas, a los herrerillos, cuyos aleteos siguen la estela del canto de la mañana.

Si piensa tanto en los pájaros, si está tan pendiente de su presencia y su canto, es porque le avivan el hambre; sería tan fácil emboscarse al acecho, quedarse quieto fusil en mano, aguardar a que uno de esos alados se equivoque, abatirlo para luego comérselo, pero la potencia del arma de guerra no dejaría más que plumas, el disparo resonaría lejos en las alturas, y aun si un gran faisán o una perdiz se extraviara en su línea de mira luego

habría que cocinarlo, y no quiere interrumpir mucho rato su marcha, ni quedar expuesto por el fuego o el humo.

Ha decidido llegar a la casa.

Darías con ella incluso en una noche sin luna,
la cabaña,

el sendero avanza en el día entre las encinas, esparcidas por el secarral; algunos lentiscos se refugian entre las rocas, liberando al paso del caminante su perfume de botica, de farmacia olvidada; busca con la mirada la ajedrea fresca y salvaje que la primavera hace proliferar en la montaña para masticar largamente un manojo, amargo, ácido, picante; hay madroños que aún sobreviven al invierno como adornos navideños olvidados, rojos, rugosos, sabor a fresa pasada, la insulsez del olvido.

Esos frutos son astros minúsculos, planetas al alcance de la mano,
pequeñas lunas enrojecidas por el deseo y el maligno,

el sol prende, a cada paso, los pétalos de las flores del cerezo silvestre, su amarillo brillante que no hay hoja que atenúa, en sus ramas aún desnudas se abre mágica la primera grieta en el invierno.

Camina como el último hombre, en el susurro obsesivo de la montaña.
Echa de menos la mancha negra de un avión, de una lejana rapaz.

Hasta quedarse lelo de tanto recordar, el culo sobre una piedra, una de esas rocas que afloran azul-gris, que se calientan rápido al sol y huelen a metal y a piedra de fusil, tan lisas como duras: acaso hubo un estremecimiento primero, un viento ronco, premisa de la lógica de la brutalidad, un bramido anterior al celo soberano de la guerra; a él le parece que no,

lo que te ha sentado ahí es la sorpresa,

pronto las negras culebras saldrán de sus agujeros y los machos se pondrán a buscar hembras,

se afloja las botas, deshace los nudos y se las quita. El cuero está devorado por el uso, el agua y el frío. El olor a mierda no se ha ido. Sus manos están rugosas; su palma blanca está constelada de unos callos más oscuros, tiesa de tanto asir empuñaduras de madera. Sus dedos manchados de tabaco terminan en uña amarillenta con meandros de mugre oscura, en el pulgar y a lo largo de la muñeca se aprecia el trazado de las venas; las mejillas ásperas de una barba arisca, tiene el pelo grasiendo y pegado en cuajos, apelmazado en mechones opacos de sangre reseca,

llegarás a la casa antes de que anochezca,

la casa, la cabaña, la casucha... yace muy adentro en sus recuerdos y esperanzas. Baliza del reino de la infancia. Lo suficientemente arriba en la montaña para que nadie se aventure hasta allí. Lo suficientemente oculta al mundo de la montaña para que pueda esconderse. Por un tiempo. Puede que

el techo esté medio derrumbado, las vigas de ciprés, redondas y aún brillantes, estarán peladas, sin tejas, entre las piedras desiguales. La puerta tan baja. El porche en la parte de delante, sus tornapuntas de madera que recuerdan los brazos del Padre, sus dos postes de piedra mal escuadrados las columnas del templo de un Dios brutal. La fachada de mampuesto sin revestimiento. La cubierta de viejas tejas de arcilla amarilla,

podrás esculpir rostros con el cuchillo en las vigas, como en otros tiempos,

tienes un hambre aterradora,

tienes hambre hasta la raíz del cabello,

imaginar el pequeño hogar del porche de la cabaña y un ave crepitando sobre las brasas retorciéndose de dolor,

tienes sed,

se bebe los restos de la cantimplora de metal. El hermoso sol de marzo se tiñe de naranja. Desde el mar sopla el viento,

sigues adelante,

aun tambaleándose un poco, torpe de vértigo, hay que seguir adelante.

Deja que los pensamientos escapen tan pronto como nacen. Los disipa con los pies, los aleja caminando. Transmite sus pensamientos a sus botas y ellas los dispersan entre las piedras. Luego silencio interior, hasta el regreso del gran astro fijo del hambre.

La perfidia de la ilusión, el perfume de la primavera que llega.

El mar, que orla de blanco sus llanuras violáceas.

Tan alto en la montaña el mar no es más que una línea amenazadora, un horizonte de pena.

Su febrilidad lo aleja: cuanto más camina, más se aleja la casa.

Estás haciendo demasiado ruido,

tendrás que tener cuidado con el pedregal sobre la cabaña,

observar tumbado en la puesta de sol cualquier movimiento desconocido, perros abandonados asilvestrados por la guerra, desertores, aldeanos, primos lejanos, todos, alejados de sus reliquias, en el camino de la ermita, para escapar del sufrimiento, para acabar con la larga cuaresma de la sangre,

de pronto la primavera le quita el aliento. Una primavera de batidos de alas, de flores de rocas, de plantas espinosas, de romeros blancos y azules, del zumbido de los élitros; el sendero que andaba siguiendo ha descendido unas decenas de metros hacia el mar; se quita la ropa acartonada de roña, manchada de grasa y de sangre reseca, se queda con el torso desnudo acariciado por la brisa unas veces y otras cegado por la potencia del sol cuya quemazón nota en los hombros, en la larga cicatriz que le recorre la espalda, hasta que el tejido de la mochila la tapa. Cansado de la correa demasiado corta agarra el arma como un cazador, con la mano izquierda rodeando el guardamano, la derecha alrededor de la empuñadura como se le sujetaba el cuello a un ave, con fuerza y desenvoltura; la culata está abierta, ve brillar el latón de un casquillo en el cargador, una vez más no se deshace de ese objeto de infortunio,

pesa en tus brazos más que un niño,

deberías dejarlo atrás, esconderlo en una arboleda, a unas horas a pie de la cabaña,

echa mano a la culata bien engrasada, imposible deshacerse de él,

el destino ante ti y todas esas cosas, los restos, las huellas y el gran luto del futuro,

serás lo que Dios quiera,

la fuerza o el perdón, nada, como ese arácnido amarillo bajo tu bota, aplastado a pesar de su poder de muerte, aplastado a pesar de su aguijón, todo cuanto uno ignora de sí mismo, nos sometemos al mundo de ayer, nos

sometemos ante nuestras culpas, nos sometemos ante la perspectiva del mañana, Padre nuestro concédenos hoy nuestro olvido de cada día, en los pasos demasiado numerosos que nos van lijando el alma, metro tras metro, camino tras camino, sendero tras sendero, esa emoción repentina viene de la cercanía –un día de marcha– del pueblo allá abajo, en mitad de la pendiente, donde los naranjos invaden poquito a poquito la llanura, donde los olivos se vuelven discretos en unas terrazas con muretes de piedra, donde las casas de suaves arcos, de bóvedas quebradas entre unos nísperos tan verdes que en junio se encienden de frutos anaranjados, entre las nobles higueras inclinadas por los años cuyos higos, en otoño, bullen de insectos, como sombreaba la parra la terraza delante de la casa del padre, allí se prensaba un vino que enseguida picaba en la lengua, violáceo, turbio y embriagador; las damajuanas verdes revestidas de paja se acumulaban en los más oscuros rincones, los más frescos, hasta limpiarlas en septiembre para que acojan la nueva vendimia y borrarles con una escobilla de metal las nubes rojas y negras de tanino aferradas bajo sus hombros de cristal,

vas a tener que esconderte, seguro que te andan buscando,

no hay que cruzarse con nadie, esconderse de los hombres y de las bestias, de los pastores, de los perros, tragarse su propio nombre,

cuanto más te acercan tus pasos a la cabaña, a la casa en la montaña, más aumenta el peligro, en el pueblo todo el mundo sabe, no hay duda, los rumores corren como la propia guerra, todo el mundo sabe, o cree saber,

la tarde se riza como la sed y se sonroja como el hambre.

Se detiene a la sombra de una encina. Se sienta sobre una raíz. El sol baña el valle ante sus ojos. Sueña con un poco de lluvia. Sacude una vez más la cantimplora sobre su lengua. Se afloja las botas, duda si quitárselas, está tan cansado que si se las quita ya no se las volverá a poner. Por un

instante parece que el olor ha desaparecido, pero de pronto vuelve, aún más fuerte,

apestas a sangre y a mierda,

apestas a hambre y a sueño,

el puñetazo de un niño te mataría,

cuenta los días desde que se fue de la ciudad. Desde que huyó del cuartel.

Cuatro días desde que tiró el vehículo por un barranco,

has recorrido casi cien kilómetros a pie por la montaña,

la raíz de la encina bajo tus nalgas es dura,

te duelen las rodillas dobladas,

se apoya en el tronco negro, estira las piernas, la mirada en ese valle (almendros, avellanos, chumberas) que tan bien conoce. Ha arado esas terrazas, ha desbrozado los pies de los árboles, ha retirado las innumerables piedras. El sol que conoce. La franja del mar más allá de las colinas que conoce. El miedo que lleva consigo.

En el próximo recodo del camino, cuando haya pasado el antiguo estanque de retención del arroyo ahora desecado, estará a dos horas a pie de la casa. Llegará casi una hora antes de la puesta del sol,

sabes dónde vas a esconderte,

detrás de la gran roca para comprobar sin ser visto que no hay nadie rondando la cabaña. Detrás de la roca y observar. Observar los últimos insectos en el crepúsculo. Escuchar los pájaros y las piedras en el crepúsculo.

Saca el cuchillo. La hoja es tan gris como azul. Sueña con una liebre saltando de un hueco, de pronto al alcance del puñal. Traza una cruz en la raíz del árbol. Una cruz fina y corta. Una señal. De haber aparecido, sería capaz de beberse la sangre tibia de esa liebre,

estás febril como estos parajes en tu memoria,

hace horas que busca con la mirada un naranjo, incluso un limonero con algún que otro fruto olvidado adornando aún sus ramas. Delante de la cabaña hay un gran limonero que plantó su abuelo y que da (o más bien daba, hace mucho que no lo ha visto) decenas de limones amarillos y jugosos, de piel gruesa, que dejan en las manos un olor a ropa limpia y a flores, un perfume de pureza, el Señor ama la pureza,

también hay un naranjo, en las bodas con sus flores trenzaban coronas,
eres la menos pura de las criaturas,

se arma de valor para volver a ponerse en marcha, las rodillas doloridas,
los muslos duros como piedras, los pies desollados; cuanto más se aleja de
la guerra más se desmonta su cuerpo, viejo mecanismo que funciona por
costumbre. Es casi incapaz de subir los pocos kilómetros que lo separan de
la cabaña, de la casa, de las brumas violetas y los huecos de las nubes. Su
fusil lo lleva y lo guía, aguja desmesurada de una brújula mágica, bastón de
un zahorí de la muerte,

no caminas bien, te tambaleas, haces demasiado ruido,

espanta las mosquitas que lo siguen y siempre lo alcanzan. El sol quema
su frágil piel salida del frío de la guerra, es un lagarto que el calor revive;
todo en él está tenso entre el miedo y el agotamiento.

De pronto sus pasos (piedras que ruedan, ramas que tiemblan, ruido de
aleteos) desencadenan el vuelo de una paloma a pocos metros. Cierra el
cerrojo para armar el fusil y encara; no dispara,

estás demasiado cerca de los pueblos, no hay que llamar la atención de
un pastor que pueda pasar por ahí,

observa cómo el ave desaparece detrás de unas encinas para encontrarse
con su compañera,

estos pájaros van siempre en pareja,

son los inseparables de la montaña, los inevitables de la primavera, ellos y los ruiseñores. Pone el seguro del arma. En lo alto de la quebrada, la cabaña quedará a la vista entre esas dos colinas cubiertas de rocas. Observa cómo las nubes de pronto grises se amontonan sobre la línea del mar. Una nube tapa el sol. El viento convierte las gotas de sudor de sus hombros y su torso en agujas gélidas. Había olvidado la destreza del frío; se obliga a hacer una parada para volver a ponerse la chaqueta, rígida de tantos fluidos como embeben sus fibras, con el dolor y el miedo,

apestas a matadero, ese es el olor que desprendes, el de las tripas y los chorros de agua sobre un embaldosado ennegrecido,

un olor a carne,

se pasa la mano izquierda por la cara, su barba es áspera como una corteza. La desaparición del sol significa la vuelta de la altitud y también de la sombra: tiembla. Detrás de él, un poco más abajo, entre dos pliegues de colinas se extiende una bruma algodonosa, una niebla blanca sobre la tierra roja, el mar ha desaparecido. El acero corroe el horizonte. Él arroja sus últimas fuerzas sobre las piedras para cruzarlas, sobre las cuestas para treparlas. La quebrada ruge, la quebrada le hiela la cara. El viento contra la cara, contra los hombros. Se aferra al fusil y se inclina hacia delante. De desequilibrio en desequilibrio llega al abrigo de una roca, unas decenas de metros más abajo. Se apoya en ella,

la casa está abajo a tu derecha,

observa, allí está el techo de tejas más amarillo que rojo, un techo de pendiente única apoyado por detrás en la montaña, vislumbra el porche, la chimenea corta, la pared de carga de mampuesto, los muretes rodeando el jardín abandonado, ningún animal a la vista, a lo lejos ronda una rapaz, mancha minúscula y solitaria en el cielo lechoso, el cercado a la derecha del jardín está vacío, el gran almendro delante de la casa todavía no tiene hojas,

el limonero está verde con ese verde tan grave de los cítricos, eterno, un verde sepulcral con destellos amarillentos en la luz vacilante del sol ausente, no hay humo en la chimenea, en el aire flota un olor a tomillo y nieve,

si tuvieras unos prismáticos buscarías huellas,

señales de algún tipo de presencia, pastores, campesinos, refugiados, criaturas, ángeles, demonios,

no hay más que la escasa planicie indecisa que se quiebra en dirección al mar, solamente se oye el viento atravesando los muretes, de espaldas a la roca con las manos rodeando las rodillas el fusil a su derecha la mochila a sus pies como un perro inmóvil espera, espera el tiempo que ha calculado, las dos horas que faltan para la noche oscura, reconfortado por la presencia de la cabaña, por los limones en el limonero, por el viejo naranjo ahora invisible junto al avellano más allá de la cabaña a la derecha del murete,

toda urgencia abolida por la repentina presencia de la infancia,

en un solo aleteo,

hacia atrás,

esperas la aparición, Señor tu rostro invisible, esperas a Sirio, esperas a Orión, esperas tu rostro, Señor,

tienes el culo congelado por los restos de invierno que la montaña siempre cela,

la montaña conserva el invierno, los naranjos y los limoneros conservan el invierno; cuando en abril se abren las flores los frutos de diciembre aún cuelgan de las ramas, fuerza los ojos en la penumbra que se instala, fuerza la mirada, no ve nada, ni un movimiento ni una sombra excepto la del almendro que crece, la de la casucha que crece, un mirlo canta en la tarde, un mirlo Señor una de tus criaturas canta tu gloria, todas las criaturas cantan

tu gloria, la esperanza anida en su pecho, es la presencia de la casucha y la voz del mirlo,

la esperanza Señor nace de Ti,

en la casucha encontrarás un poco de infancia y de descanso,

la casucha a la que ibas con tu padre, donde tu padre iba con su padre, iba a cultivar, iba a cosechar, iba a cultivar,

la casa está ante sus ojos y sin ningún movimiento, sin ninguna presencia, ya se ha hecho de noche y la voz del pájaro ha callado, se dispone a bajar hasta la cabaña, la casucha, la casa, sea cual sea el nombre que le demos,

cojeas ligeramente, tropiezas, la mochila y el fusil pesan,

el sendero se despliega como una serpiente por la ladera de la montaña, ya no hay estrellas en el cielo y el viento sigue dando guerra.

IV

El confinamiento, los acontecimientos sucedidos en el año 2021, la guerra tan cerca, tan presente y repentina: tantas olas que me empujan hacia los arrecifes. Me he pasado la vida adulta escribiendo, hablando y escribiendo, y hoy, cuando acabo de cumplir setenta años, será la primera vez que lo que cuente sea mi propia vida. De qué manera se refleja en ella la de Paul, la de Maja; las cifras me asustan, las fechas, los lugares; disertar sobre el álgebra de Jayam o los descubrimientos de Nasiruddin Tusi en el siglo XIII me resulta mucho más sencillo que derribar los muros levantados por años de pudor entre yo y yo. Pudor u otra cosa. Aunque lleva muerto veinticinco años, Paul sigue ahí. Maja también. Ella nos dejó en 2005 a la edad de ochenta y siete años. La canciller estaba en su funeral, el presidente estaba en su funeral, cientos de personas a quienes yo no conocía estaban en su funeral.

Cuando una generación parece desaparecer, la afluencia a los funerales aumenta.

Cosas de la escasez.

El luto es una forma de interminable presencia. Imágenes, fragancias, gustos, sueños.

El río, una larga paciencia.

Maja y yo mirábamos cómo los árboles de las orillas huían hacia lo lejos.

De esos momentos conservo una ternura verde.

Los extraños matacanes y el tejado rojizo de la torre de Grunewald.

La aparente facilidad de la corriente.

Maja, en una chaise longue, con una taza de té en la mano.

El sol que cruzaba sobre Berlín.

Nací en 1951, en una clínica del sector americano, cerca del Jardín Botánico. Mis padres tenían entonces treinta y tres años. Paul estaba acabando su tesis de habilitación mientras enseñaba álgebra en la Universidad Humboldt. Maja seguía muy comprometida políticamente y trabajaba con Franz Dahlem, después de que su partido, el Partido Socialdemócrata, se fusionara con el Partido Comunista Alemán para formar el Partido Socialista Unificado en la Zona de Ocupación Soviética. La República Democrática Alemana tenía apenas dos años; dos años más tarde todas las esperanzas de Maja, ya maltrechas por el bloqueo de Berlín, se estrellaban contra la sublevación de junio de 1953; se trasladó al Oeste sin mi padre (nunca estuvieron casados) y continuó su carrera política con Willy Brandt.

Paul defendió su habilitación y obtuvo su primer puesto en la Academia de Ciencias de Berlín justo cuando los intelectuales empezaban a huir de la RDA. La obra *Las conjeturas del Ettersberg, elegías matemáticas*, de finales de 1947, fue uno de los primeros libros publicados por la editorial de la Academia. Se trata de los textos que escribió Paul Heudeber sobre su detención en el campo de Buchenwald entre 1940 y 1946. Veneradas hoy como un tesoro por los mundos científico y literario, en la Alemania del Este *Las conjeturas* solo fueron reeditadas una vez, en 1973 (en una versión estrictamente matemática, sin los poemas, los corolarios, los comentarios

sobre la vida en el campo), y la versión original no fue reeditada hasta 1991, por la Akademie Verlag, aumentada por Paul con fragmentos que él mismo había descartado en la primera publicación (principalmente los poemas de amor a Maja, escritos entre 1937 y 1947). Esta versión, con el título *Las conjeturas de Buchenwald*, traducida al inglés por Robert Kant en Cambridge, fue la que dio la vuelta al mundo, el único libro de matemáticas que ha tenido un relativo éxito, a tal punto que los editores, que fantaseaban con que el éxito pudiera ser aún mayor, le sugirieron a Paul que autorizara una versión exclusivamente «literaria», sin los desarrollos matemáticos, a lo cual por supuesto se negó hasta el momento de su desaparición.

La ponencia de Robert Kant en el coloquio de 2001 (ponencia que revisó con nosotros durante el trayecto fluvial a través de Berlín) se refería precisamente a la primera conjetura, a las circunstancias del nacimiento de este proyecto fuera de lo común en el corazón de la extrema violencia concentracionaria, y a la manera en que Paul Heudeber inició desde su barracón ese diálogo imaginario con los matemáticos de las generaciones anteriores: la primera conjetura (y por lo tanto el primer capítulo) se refiere a los problemas de David Hilbert; la segunda está consagrada a la famosa demostración de Paul de la conjetura de los primos gemelos, y así sucesivamente.

Robert Kant sostenía que, más allá de su vertiente indiscutiblemente literaria, de sus consideraciones sobre la Revolución, de sus pasajes oscuros, de su poesía tan sombría, la originalidad del texto de Paul está en su radicalidad científica: de ese encuentro, en lo más profundo del siglo xx, entre la desesperación histórica y la esperanza matemática.

Para mí aquellas jornadas se presentaban bajo el signo de Saturno: estaban bañadas por una profunda melancolía. La proximidad de Maja irradiaba a la vez el placer de su presencia y el dolor por la inminencia de

su desaparición, los últimos rayos del sol de la vida de mi madre. Trágicamente desaparecido en 1995, Paul seguía estando extremadamente presente, su cuerpo transformado en lenguaje, su nombre pronunciado cien veces al día como un encantamiento por los participantes del coloquio. El río era la expresión misma de esa melancolía, su más hermosa metáfora: lo que vemos desaparecer, lo que se aleja hacia el gran todo del océano produciendo una belleza verdosa, fluida, irisada, interminable, siempre presente y nunca idéntica. Ya desde el lunes, en el Havel, entre Spandau y Potsdam, esa melancolía me tenía clavaba a mi tumbona, con el sol.

Maja estaba a mi lado, como de costumbre no paraba de hablar; yo me daba cuenta de que aquella voz que echaba a volar en mitad del río me había acompañado toda mi vida y que iba a apagarse, iba a apagarse pronto.

Eso me sumía en una tristeza infantil.

Los nombres de Maja y Paul ya figuraban en todos los libros de historia; acabábamos de cambiar de siglo, de milenio; el río libraba al continente de su escoria, de sus impurezas; acarreaba toda nuestra materia oscura hacia el Elba para añadirla a la oscuridad del norte.

El presente se tambaleaba, entre un pie y el otro, como quien escucha una música pegadiza y duda si ponerse a bailar.

Todos los hilos de la Historia parecían reunidos en una mano única.

Una vez el barco atracado en el pontón delante del albergue La Lechuza Blanca, en medio del bosque, frente a la isla de los Pavos Reales, en la calma azulada del lago de Wannsee, la cena del lunes fue ante todo un ensayo general para la inauguración del coloquio la mañana siguiente. Supimos entonces que los estudiantes reclutados por Jürgen para ayudar en la organización estarían allí a las ocho de la mañana para recibir a los participantes; se les entregaría su credencial, el programa, la carpeta de cartón del Instituto que contenía un bloc de notas, un lápiz y la información sobre las Jornadas Paul Heudeber, así como folletos publicitarios de los principales patrocinadores y un mapa turístico de la ciudad de Potsdam y del barrio de Wannsee.

A mí me habían pedido (y fue algo, por supuesto, mucho más personal que científico) que eligiera una foto de Paul para el programa. Estuve dudando durante mucho tiempo, abriendo álbumes y rebuscando entre decenas de instantáneas, imágenes privadas o públicas, tomadas por los objetivos de las cámaras Praktica o Pentacón de la Alemania del Este, algunas de ellas con marco blanco y borde festoneado: nocheviejas en el apartamento de la Elsa-Brändström-Strasse en Pankow, colores muy rojos, desvaídos y aun así saturados; fotos mías de colegiala, fotos de Maja y yo, fotos de viaje en Praga, una extraña foto de Fidel Castro en Berlín con Paul al fondo –no se sabe qué hacía ahí–, con corbata y sonriendo; fotos en

compañía del presidente Honecker durante la entrega de una condecoración, imágenes con funcionarios desconocidos en el Instituto de Ciencias y, por último, el retrato que acabé eligiendo: Paul sonriendo, con poco más de treinta y cinco años, sin corbata, en camisa, con una tiza en la mano delante de una pizarra en la que se distingue un desarrollo de la función zeta de Riemann y otras igualdades en torno a la cuestión de los números primos. Maja recordaba la foto, la había tomado ella a principios de los años cincuenta en la Universidad Humboldt.

Rebuscar entre todas aquellas imágenes, aquellos recuerdos, me sumió en una alegre tristeza, casi dulce, como la que siento hoy, atenuada por veinte años de distancia.

Berlín está cubierta de silencio; las máscaras blancas que acechaban en la calle del Castillo han desaparecido. La atmósfera de peste, el olor a miedo y desinfectante que tanto me repugnaban se han desvanecido, de pronto la gente no tiene más que una palabra en la boca: guerra. El placer que encontraba en la soledad se difumina. El desasosiego circundante resquebraja los tabiques de mi apartamento.

Leer y transcribir la correspondencia entre Maja y Paul me hipnotiza y al mismo tiempo me agota. Por mucho que trate de razonar como historiadora, de considerar estas cartas como una fuente, como cualquier otra fuente, el hecho de leer más de tres mil misivas escritas entre 1938 y 1995 mientras ahí afuera todo se apaga en una interminable tos seca o en el eco del sonido del cañón, me desplaza en el tiempo; este viaje me está matando. Berlín hoy palidece en comparación con semejante sol. Esta pasión es demasiado brillante. Paul quiso proyectar toda la luz posible sobre su amor para ahuyentar las sombras. Lo sustrajo de la imperfección de la carne. Lo convirtió en un objeto del espíritu. Le dedicó sesenta años de su vida, desde el día en que conoció a Maja en 1938 hasta el día en que murió, sesenta

años de pasión. Y ahora a mí me toca desmontar esa máquina, refutar ese teorema, diseccionar pacientemente a ese animal.

Me toca colocar la mueca de la muerte en el rostro del ícono.

V

Muerde la naranja como si fuera una manzana, el jugo chorrea, sigue las curvas de su barbilla, le da otro bocado, su sed está en el interior de su hambre como una bola, mastica, es amarga, ácida y dulce, un placer inaudito, por poco se ahoga, se la traga casi de golpe, la engulle, coge otra, en la oscuridad casi total que sigue al crepúsculo, el aroma del árbol y el frío repentino que lo invade a pesar de la alegría.

Se guarda otras cuatro en la mochila,

vas a entrar en la barraca, la puerta es la misma, la misma madera oscura, el mismo pestillo de metal oxidado, la cadena no está puesta, cuelga contra el dintel,

ninguna señal de violencia,

ninguna luz en el interior,

manipula el pestillo de hierro forjado, lo asalta un olor que es olor a madera de almendro quemada, a pasado, a ceniza, a romero, olor a paredes húmedas,

a veces en invierno la roca del fondo de la cabaña rezumaba rocío como un ícono el aceite, aquí estarás bien a pesar del frío,

hay una vieja cesta trenzada llena de almendras; un ramo de salvia seca cuelga sobre la pared blanca, por encima de los bancos de obra blanqueados con cal: eso son los armarios, las sillas, los sillones y las camas; la mesa de madera está carcomida, se sienta en el banco, la espalda contra la pared en

la oscuridad, en el umbral aún se recorta una claridad pálida a pesar de la noche nublada, respira esa sombra, inspira el refugio.

Luego deja el fusil en un rincón de la casa, sobre el banco; se guarda el cuchillo en el cinto; coge algunas ramas secas de romero, trozos de madera, almendro y encina, los dispone en el hogar,

ya no tienes miedo de que se vea el fuego desde lejos, de que se huela el humo,

enciende el mechero,

el romero parece vacilar un instante, sus hojas, minúsculas lanzas, se encrespan, sudan, chisporrotean y se inflaman, de pronto su luz es cegadora, las llamas blancas atacan la leña de almendro y de encina. Se ha sentado delante del fuego, en el mismo suelo, hipnotizado por el calor, caldeado por el recuerdo, no todo ha desaparecido con la guerra, no todo está muerto, la cabaña y la memoria siguen ahí y él se duerme sentado, la barbilla contra el pecho, las manos en el vientre, los dedos cruzados como si rezara,

Señor tú estás en mí, Señor siento tu calor, viene del pasado, está en el sueño, en la caricia del sueño y del fuego,

el día lo sorprende sobre el amplio banco de piedra, no recuerda haberse acostado allí, abre un ojo al silencio, ni siquiera se ha quitado las botas, ni siquiera se ha quitado la chaqueta, toma una de las naranjas que dejó encima de la mesa, esta vez la pela poco a poco con el cuchillo, la piel le trae el recuerdo de la piel, se come la naranja gajo a gajo, es ácida y jugosa, fresca. Sale con el sueño pegado a los ojos, ahí está el día, el sol bajo un velo de nubes, los árboles, el viejo huerto de su padre, en terrazas como un balcón en la pendiente, con la diadema violácea del mar a lo lejos, enfrente de las colinas rojas, los pueblos, los olivos, los humos negros de la guerra, y detrás de él la gran espalda de acero de las montañas. El aire perfumado de insectos. Avanza hacia el pozo, la fuente en un hueco de roca que alimenta

el pozo, el punto de agua que constituía toda la riqueza de su padre y de su abuelo, las acequias de cemento que salen de allí para regar las tierras más abajo; la guerra ha asilvestrado las terrazas, de nuevo invadidas por cardos, mirtos, brezos de minúscula florecilla blanca. Aparta las piedras que tapan la gruesa placa de metal oxidado y la levanta; una araña huye, un reflejo negro revela la presencia del agua, se rocía con ella, está helada, sumerge la cabeza entera, es como enterrar la cara en la nieve, se levanta, se quita la chaqueta, los pantalones, los calcetines, está desnudo, tiembla, vuelve a rociarse con agua helada, coge una jarra de barro con el asa rota, la llena y se la vacía sobre la cabeza tiritando, se frota la cara para deshacerse de la sangre coagulada, de la suciedad, no tiene jabón, se frota torpemente las axilas, los genitales,

tu padre te lavaba en la fuente, tú tenías frío y miedo de sus golpes si te movías, si tratabas de escapar del agua helada te llovían sopapos, sopapos e insultos,

enseguida empapa los calcetines, luego la chaqueta y los pantalones, luego la ropa interior, les quita la grasa como puede frotándolos unos contra otros, del tejido fluye un caldo negruzco, los lava un buen rato y luego los tiende al sol sobre la roca que hay junto al porche, se sienta él también encima de una piedra con el culo al aire, el viento ha amainado, las nubes han desaparecido, el sol calienta; tan pronto como le llega un ruido, pájaro o rama, se pone en guardia,

menuda pinta si te sorprenden así, en pelotas,

pero sorprenderte quién, o qué, acaso un perro perdido, un lobo, lobo él no ha visto nunca uno, esos ojos que brillan en la noche, esos ojos que rugen antes de degollarte,

mejor será que vayas a por el fusil,

hay algo infantil en la desnudez, de infantil, de soldadosco o penitenciario,

con toda la gente que has visto desnuda y ahora el desnudo eres tú,
de pronto se levanta una brisa repentina,
antes se secará tu uniforme,

se refugia en el interior de la cabaña, le gustaría encontrar un trozo de espejo para mirarse pero en los grandes baúles del banco no hay nada, solo unos restos de vajilla, un viejo cubo de hojalata, un almanaque de antes de la guerra con las puntas mordisqueadas por los roedores, algunas herramientas oxidadas y ni el menor rastro de que haya pasado nadie recientemente. Aún desnudo, aprovecha para vaciar la mochila, la caja de cartuchos, la cantimplora vacía, los vendajes, lo guarda todo en el baúl, agarra el cubo, el fusil y la cantimplora y sale, llena el cubo, mete dentro las botas para lavar las suelas.

El sol le da de lleno en la espalda, en el torso, en las piernas,
aquí estás un poco oculto por la infancia,
escondido en la infancia,
la infancia logra hacerte olvidar la guerra y el hambre,
la infancia acecha, es un monstruo como cualquier otro,
te acuestas sobre el calor de la gran piedra plana del umbral.

Ha conseguido cerrar los ojos sin que aparezcan caras torturadas con la boca ensangrentada y los ojos morados,

tu cuerpo, después del agua, después del sol, pierde el olor eléctrico, de grasa y de sangre, que la guerra le otorgó,

arriba en el cielo rondan pájaros y aviones. No te ven. ¿Podría alcanzarlos con el fusil? Tendrá que cazar su comida. Una paloma, un conejo, una liebre, que cocinará en la chimenea. De niño era un cazador paciente. Tumbado de espaldas a pleno día con la mirada en el cielo

rememora las largas partidas de caza en otoño: su padre llevaba una mísera escopeta de un solo cañón, un vestigio, una reliquia que armaba un ruido endiablado; la guerra ha multiplicado las armas, las ha sembrado y las ha cultivado, todo tipo de armas con sus nombres, fusiles, carabinas, pistolas, revólveres, ametralladoras, cañones, morteros, obuses, la guerra es un cambio de número en las cosas, nombres que aparecen, una vibración repentina en el aire, una escobilla de acero, un frasco de aceite mineral, un dolor una pérdida un miedo un contacto involuntario con el mundo del proyectil y de la herida, el mundo incierto del dolor, del exilio y de la pérdida, el mundo átono del caqui, del marrón y del gris, el mundo sabio del sudor, del miedo y de los gritos. Tiene las manos llenas de callos y durezas, huellas de la empuñadura de madera y del cañón de plomo, de pronto se incorpora, se pone en cuclillas, ha oído un ruido, varios ruidos secos, crujidos cercanos, pasos, agarra el arma,

alguien viene, oyes claramente unos pasos al otro lado del murete, pasos numerosos que se detienen, el silencio todo lo congela, los pasos deben de haberte vislumbrado ocupado en tus cosas junto al pozo, de lejos,

alguien viene, o los pasos han oido tu corazón desnudo latiendo a rebato, mueve la culata en silencio, quita el seguro,

alguien viene, notas cómo se tambalea, cómo los pies, numerosos, batan el suelo más allá de la pared,

alguien ha venido y ya no lo oyes, estás escondido en cuclillas cerca del porche detrás del murete,

tiene la mano izquierda bien colocada en la culata bajo el cañón, está listo, se levanta de golpe con el dedo en el gatillo, apunta el fusil hacia el otro lado de la pared, hacia los olivos y el naranjo, es una mujer, está de pie junto a una mula o un asno que lleva atado con un arreo, va vestida con una larga falda gris, no le dispara, lleva un fular anudado hasta la parte inferior

de la frente como una campesina, no le dispara, lleva una blusa, un chaleco negro, el horror marcado en la cara la boca abierta,

dispárale, también tú tienes miedo, mátala deshazte de ella,

no le dispara, el murete tapa la parte inferior de su cuerpo, su desnudez, imprime un movimiento al cañón, sin decir nada, hacia arriba, que no tiene ningún sentido, una señal de fusil,

dispárale, mátala, deshazte de la intrusa que viola tu soledad,

no le dispara, ella trata de adivinar el sentido del movimiento del cañón como una lengua desconocida, de repente levanta los brazos, su figura alargada por el miedo; el asno sacude la cabeza y resopla, ella no suelta el arreo.

Él sigue atónito, tiembla un músculo de la pálida mejilla de la mujer, sus ojos parecen empañarse de lágrimas. Él reconoce el terror en el rostro de ella,

por ahí, avanza,

él la guía con el cañón del fusil, ella camina hasta la gran piedra del umbral, él le dice por señas que continúe hasta la pared de la cabaña, el asno la sigue aun cuando ella ha soltado la brida, ella está frente a la pared con los brazos al aire, tendidos al cielo,

es el momento, dispárale,

él aprieta el gatillo, estalla el disparo, resuena contra las rocas, vuela en eco por entre las colinas, la mujer gira sobre sí misma, se derrumba, cae como sentada en una posición extraña, el mentón hundido contra el pecho, un brazo medio alzado, el codo doblado contra la pared de piedra.

El asno se ha puesto a bramar, recula hacia los olivos y los matorrales.

Él siente el calor del cañón cerca del pecho desnudo; baja el arma, recoge la ropa tendida junto al pozo, se viste, el olor lo fustiga de nuevo, la guerra está de regreso, sobre él, en él, a su alrededor.

VI

En el Havel, hace poco más de veinte años, cuando Maja era todavía de este mundo, cuerpo, mirada y alma, esos tres objetos de la pasión de Paul. En medio de sus interminables elucubraciones entre Spandau y Wannsee, me contaba lo contenta que estaba de que el siglo xx llegara a su fin; lo contenta que estaba de ver que Europa progresaba y cómo deseaba ardientemente que el siglo xxi no conociera los horrores del anterior; me pareció que olvidaba que estaba hablando con su hija; se dirigía a la historiadora, o acaso al público imaginario de un imposible futuro discurso político. Yo a Maja y a Paul los había visto durante toda mi infancia, durante toda mi existencia, corriendo de un lado al otro del Telón de Acero, de un lado al otro del muro de Berlín, de un lado al otro del Imperialismo; los había visto juntos y por separado, la política y el matemático, él figura pública célebre y celebrada de la Alemania del Este, comunista ferviente hasta la locura, y ella política del Oeste, siempre sospechosa de contactos con el enemigo; recuerdo que en 1974, cuando el caso del espía Guillaume y la dimisión de Willy Brandt, recuerdo que todas las miradas se volvieron hacia Maja, hasta tal punto que tuvo que alejarse de sus responsabilidades públicas durante el tiempo de una interminable investigación; entre 1974 y 1978 no volvió a pisar la RDA, ni vio por supuesto a Paul, cuatro largos años de intenso intercambio epistolar, y aunque desde 1972 para los habitantes del Oeste era mucho más fácil llegar a Berlín Este, Maja tuvo

que retirarse a Bonn y Gotinga en una especie de travesía del desierto: yo tenía veintiún años, visitaba a Paul una vez a la semana, Elsa-Brändström-Strasse; saludaba ritualmente al bajorrelieve del elefante de encima de la puerta de entrada, subía al segundo, el hueco de la escalera olía a Berlín Este, esa mezcla de barniz, madera, col y carbón. Comíamos en su casa o en el Koch, el pequeño restaurante de la Brunnenstrasse, y él luego me acompañaba a pie hasta la estación de Friedrichstrasse para luego tomar su tranvía a Pankow: era nuestro paseo dominical. Para mí, aquello significaba sobre todo horas de espera, por la mañana y por la tarde, en las chicanes de la aduana entre los andenes de la estación; horas de tensión a la ida, ¿me dejarían pasar?, horas de tensión a la vuelta, ¿me dejarían salir? Llegaba al Oeste agotada, pero cada vez llamaba religiosamente a Maja desde Steglitz para darle noticias.

Paul no temía a nada ni a nadie. Era un privilegiado. Era miembro del Partido; desde 1967, poseía un pasaporte de la República Democrática Alemana, un visado de salida permanente para desplazarse allí donde quisiera, y no lo usaba casi nunca, salvo para visitar a Maja en la República Federal de vez en cuando, muy pocas veces. Recuerdo los dos congresos en el Oeste a los que fue en cuarenta años de carrera, París y Oxford (sin contar Moscú, Praga, Budapest y otros). Su terreno, su territorio, no eran los viajes como nosotros los entendemos: si a veces se sentía triste en Pankow, no era, como la mayoría de sus conciudadanos, porque no podía salir. Si a veces se sentía triste en Pankow era porque Maja no estaba allí.

Durante la cena, el lunes por la noche, el 10 de septiembre de 2001, en el albergue La Lechuza Blanca en Wannsee, precisamente Robert Kant recordó el viaje que hizo Paul a Oxford a mediados de los años setenta; todo el mundo estaba asombrado de que la administración de la Alemania del Este le permitiese salir del país, contaba Kant entre risas. Por supuesto,

para entonces sus colegas ingleses ya conocían el compromiso político de Paul, así como su decisión de permanecer en la RDA contra viento y marea, dijo Robert Kant muriéndose de risa. Recuerdo que el decano de la facultad de ciencias le ofreció enseguida un puesto de profesor, como si tuviera ante sí a un refugiado, una especie de *boat people*: Paul se sintió profundamente humillado, montó en cólera y a punto estuvo de marcharse sin dar su serie de conferencias, se tronchaba Kant. En la época, la mitad del campus era de extrema izquierda. Paul causó una gran impresión entre los estudiantes. Algunos pasajes de *Las conjeturas de Buchenwald* ya se los sabían todos de memoria, ¡imaginad cómo se emocionaron cuando Paul soltó una especie de arenga internacionalista antiimperialista! El *vice-chancellor* se puso rojo, pero de rabia.

Linden Pawley estaba sentado junto a Robert Kant; todavía puedo verlo cortando su escalopa y asintiendo ante las palabras de Robert: a finales de los años ochenta nosotros también quisimos invitarlo a Colombia. Pawley meneaba la cabeza en señal de decepción. Siempre se negó a venir. Incluso después de la reunificación alemana. Imposible. Es increíble, pero no tenía ninguna ganas de viajar a Colombia y descubrir Nueva York, añadió Pawley meneando su schnitzel con la punta del tenedor como hizo antes con la cabeza.

Maja sonreía. Conocía la intransigencia de Paul. Jürgen Thiele también.

—Para Paul, mantener «relaciones normales» con el imperialismo era inconcebible —añadió Thiele—. A partir de 1991, eso fue un problema para el desarrollo del Instituto.

Maja por supuesto volvió a tomar la palabra. Estaba en su salsa.

—Paul se definía como «un matemático antifascista». Era terco como un axioma.

Recuerdo que ante aquel resumen de la personalidad de mi padre sonreí interiormente, *terco como un axioma*, Maja siempre estuvo muy dotada para la propaganda, perdón, para la publicidad; en mi memoria, en mis recuerdos de infancia en la Elsa-Brändström-Strasse, Paul no era tan terco como todo eso, ni tan obtuso en lo político, muy al contrario, renegaba de un montón de cosas; lo recuerdo después de 1961 renegando contra el aislamiento, el Muro, ese ridículo Muro, decía él: compartiendo el día a día con Paul no tenías la impresión de estar compartiendo tu existencia con un marxista convencido, con un estalinista, con un jrushchovista, brezhnevista o honeckerista fanático. Recuerdo las largas veladas con amigos en la Elsa-Brändström-Strasse, antes de que a eso de las nueve de la noche me enviaran firmemente a la cama, y allí se hablaba muy mal del régimen, del gobierno, de las instituciones. Asimismo, cuando íbamos al cine, al Colosseum en la Grimmstrasse, al Tivoli de la Berliner o a cualquier otro, en el camino de vuelta, siempre a pie, nunca en tranvía, así que en plena calle y sin esconderse en absoluto, Paul echaba pestes de lo que él llamaba «la rigidez intelectual de este país», pues, todo hay que decirlo, odiaba a la mayoría de los literatos, intelectuales y científicos, quitando a sus amigos; porque si en algo era realmente terco, y puede que fuese lo que Maja tenía en mente cuando dijo que *Paul era terco como un axioma*, era en la amistad. Paul Heudeber, mi padre, era obstinado en la amistad y en el amor. Obstinado a muerte. Sus amigos y sus amores eran mucho más infalibles que el Partido. Sus amigos y sus amores nunca se equivocaban: los defendía, en privado o en público, contra viento y marea. Luchaba por ellos. Estaba dispuesto a comprometerse por ellos. Por Maja o por mí ya ni te digo. Por todos.

Para Paul no había nada más penoso que dos de sus amigos, dos de sus camaradas, se enfrentasen violentamente y él tuviera que tomar partido por

uno en detrimento del otro. La violencia de esa tesisura, de esa decisión, lo torturaba hasta el punto de paralizarlo: se quedaba postrado, encerrado, reflexionando o deprimiéndose entre suspiros, cinco minutos o cinco días, dependiendo de cuánto durase el altercado. Si un debate en su salón devenía belicoso, ten por seguro que de pronto desaparecía para ir urgentemente a buscar algo en la cocina o a encerrarse en el baño. Lo torturaba que dos personas a las que él amaba por igual se pelearan, aunque fuese amistosamente. Necesitaba esperar a que la tensión disminuyera antes de tomar partido: cuando ya no había partido que tomar.

De aquella cena del 10 de septiembre de 2001 en el albergue La Lechuza Blanca, en Wannsee, delante de la isla de los Pavos Reales, conservo dos imágenes:

- los pendientes de Maja, unos colgantes dorados en forma de lágrima, brillan. La llama amarilla de la vela vacila en su candelero. El mantel es rojo y blanco. El cabello de Maja tiene el color del candelero, estaño gris. El estaño gris contrasta con el pintalabios frambuesa que siempre usa Maja.
- Linden Pawley mirando a escondidas a Maja, con enorme ternura. En esa mirada percibo una especie de veneración, de reverencia sumisa que yo descubro. Tan pronto como se siente observado, aparta la vista de Maja y la fija, a lo lejos, en un cuadro en la pared del restaurante.

Prof. Dr. Paul Heudeber
Elsa-Brändström-Str. 32
1100 Berlín Pankow
RDA

Maja Scharnhorst

Domingo, 5 de febrero de 1961

Son las diez y nieva, amor mío. Parece que nunca acabará de hacerse de día. Irina aún duerme, no tengo valor de despertarla; ¿recuerdas esos amaneceres helados de Berlín, que duran un día entero y cuya luz va oscilando a merced de las nubes? Llevo un mes sin verte y la vida hiela. He estado pensando en cosas tristes, así lo quieren estas fechas. Veinte años. Hace veinte años me encerraron. En el campo entre las hayas. Hoy tengo más de cuarenta años, Irina este año cumplirá diez. Y sin embargo siento que soy el mismo que cuando tenía veinte años. No he resuelto nada. No he avanzado mucho. El asunto de la distribución de los números primos que entonces me fascinaba me sigue obsesionando. Tiene que poderse describir de un modo sencillo. Mi demostración de la infinitud de los números primos gemelos fue un primer paso. Tengo que avanzar con nuevas

herramientas. Tal vez más topológicas que algebraicas. La exploración de los anillos de división no me está aportando gran cosa. Visto desde nuestro conocimiento actual, la distribución de los primos tiene toda la pinta de un simple azar. ¿Cómo? Lejos, entre números muy grandes, aparecen repentinamente galaxias de primos, reagrupados, imposibles de predecir. Como si estuviéramos ante la consecuencia de un teorema oculto.

Jrushchov quiere retirar la metralla y los escombros del corazón de Europa, dice. Berlín Oeste es una piedra en su zapato. Yo prefiero pensar con orgullo que el socialismo demuestra cada día la fuerza de ese corazón, la fuerza de esa Europa, y que muy pronto el que se secará por sí mismo será ese charco de capitalismo que es Berlín Oeste: los campos de refugiados ya no estarán en Marienfelde sino en Köpenick, los habitantes nos suplicarán que los acojamos, y lo haremos con generosidad.

Hace veinte años, en el Ettersberg yo buscaba las estrellas ausentes y pensaba en los anillos de polinomios, en los números primos, en toda la miseria a mi alrededor, en el dolor que se acumulaba, en la enfermedad, en la tortura y en el hambre pero sobre todo en ti, a quien había perdido pero cuyo rostro aparecía tan a menudo: tu rostro aparecía para protegerme. Protegías mis días como los proteges hoy, los templas incluso en la ausencia, e Irina proyecta algo de ti, una dulzura, un consuelo al paso del tiempo, un resplandor que proviene de tu alma cercana y lejana. Eres una enfermedad; mi pasión tiene la enfermedad del infinito, mi amor no puede escribirse de otra forma que con tu nombre. No hay otra forma de designar el amor: nombrarte. Vuelve pronto.

PAUL

VII

Ella ha vuelto en sí, ha recuperado el conocimiento, el vientre le sangra, está herida, no siente el menor dolor, absolutamente nada. No ve al hombre descamisado que le pegó un tiro,

voy a vomitar, el corazón me va a explotar,

se mete la mano por debajo de la falda,

no es sangre, es otra cosa,

recupera el aliento. Busca al asno con la mirada, no lo ve. Se levanta, a punto está de desplomarse otra vez, realmente creía que se moría, en el momento del disparo se ha vuelto todo negro, todo oscuro, dónde está el hombre, piensa en huir, teme que él pueda alcanzarla, por qué le habrá perdonado la vida, hace un sol abrasador, va hacia el jardín, hacia la sombra de los olivos. El asno mastica un arbusto de espinos, ella le acaricia el cuello, tiene los ojos anegados en lágrimas, en el aire flota un aroma a follaje, un olor de artemisa y animal tibio. Se pregunta adónde ir, adónde huir, no puede bajar al pueblo, no puede cruzar las montañas silvestres hasta la llanura, no puede seguir las crestas hacia el norte y la frontera,

está sola,

ahí está él de nuevo, de pie, plantado bien recto sobre la losa, ya no tiene el arma en las manos; ella lo mira, él no dice nada, lleva barba, se ha puesto la chaqueta de un uniforme gris y manchado, ella no alcanza a ponerle una edad, tiene ojos negros y ojeras negras, le parece reconocerlo, baja la

mirada, por qué le habrá perdonado la vida, él no lo sabe, la observa y se pregunta por qué en el último instante habrá levantado el arma hacia el cielo, malgastado un cartucho, quién sabe si alertado a algún pastor, pero a quién le extrañaría un disparo en plena guerra, a quién,

no puedes dejarla ir, sabe que estás aquí en la cabaña, sabe quién eres, acaso sabe quién eres, lleva el miedo impreso en la cara pero quién no tendría miedo,

de pronto ella lo reconoce y su miedo aumenta, es el hijo del herrero; y entonces los pensamientos se atascan en su cerebro, no llegan ni al lenguaje ni a la imagen,

el mal está en todas partes.

Él la observa; reconoce ese rostro, incluso deformado por el miedo y con el pañuelo en la cabeza, que se lo quite, quítatelo le grita, ella lo retira y unos cabellos demasiado cortos y engrasados por el tejido le redondean un semblante que parece aterrado, también más sombrío, ella guarda el pañuelo en una de las alforjas de la albarda del asno,

un asno como en la guerra, qué llevará ahí guardado,

tendría que haber acabado con ella, tendría que haber matado a esa mujer con la cabeza pelada como un mono, a esa mujer con cabeza de hombre o de monja, pero un gran cansancio se apodera de él solo de pensar en el cadáver, en los despojos, en la sangre, en la tumba que cavar, qué pereza, y ahora resulta que la vida es aún más molesta que la carne muerta. Permanece frente a ella sin saber qué decir, le indica por señas que se acerque. Ella avanza hacia el porche tirando del asno. Él le coge el ronzal del animal, por una fracción de segundo sus dedos se tocan, ella retira la mano como si la piel del hombre estuviera ardiendo. Él amarra al asno a un gran tachón que hay clavado en alto en una de las tornapuntas de madera – ahí colgaban hojas de tabaco para secarlas–, cuando la invita a entrar en la

casucha ella tiembla pero obedece, él no entra con ella, cierra la puerta con el picaporte, dentro no hay manija. Como una mosca atrapada bajo un vaso, ella aún dará varias vueltas antes de posarse y esperar. Él registra brevemente las bolsas que lleva el asno en la albarda, ropa con olor a limpio, objetos íntimos, agujas largas como de hacer punto, bisutería, fotografías, recuerdos, unos pasteles redondos y gruesos en un trapo, se come uno, son galletas de mantequilla llenas de una pasta dulce, pasteles de fiesta, se come otro, tiene un poco de vergüenza, como un niño que saquea un armario prohibido,

la guerra te ha devuelto al salvajismo y a la soledad de la infancia,

vuelve a guardar los pasteles en su envoltorio, la mujer se marchaba por mucho tiempo, estaba lista para el exilio, él se queda con un pedazo de jabón verde muy oscuro y mal escuadrado. Le quita la albarda al asno, las pesadas alforjas, acaricia largamente al animal, el cuello interminable, entre las orejas, el asno se frota contra él, tiene un pelaje sedoso, huele a sudor y a cuero,

hace mucho que no acariciabas un animal, tanto tiempo que no acariciabas,

con el asno y el fusil podría intentar llegar a la frontera, tendría que remontar la montaña seguir las crestas hasta la Roca Negra y luego volver a bajar casi hasta el mar, ocultarse, esconderse en el mismísimo vientre de la guerra, en los pliegues de sus entrañas sanguinolentas, de pronto advierte que el asno es tuerto, su ojo derecho es azul y blanco como una canica vidriosa, medio tapado por el párpado, en el lomo tiene unas heridas que supuran, puede que haya que matarlo,

ya solo sabes matar, no sabes nada de asnos ni de animales, tienen la inocencia de su bestialidad, tú no, tú te envuelves en la brutalidad como en un manto,

has encerrado a la mujer pero no ha desaparecido.

El aire se tensa, las nubes se amontonan en la base de las colinas, alquitrán sobre añil, ocre bajo algodón, el viento arrecia, un poco, al final la ropa se le ha secado sobre la piel, tiene hambre, podría engullir esos pasteles tan cuidadosamente envueltos en su trapo, romper las cáscaras secas de las almendras o devorar naranjas y limones pero le apetece cazar, el cartucho disparado al aire le ha infundido deseo de presa, de tiro, de resultado. De soledad en la montaña.

Manipula el picaporte de la puerta de la cabaña, la mujer está sentada inmóvil en el banco, en la penumbra, él le entra el equipaje, agarra su mochila, cierra tras de sí; cambia de sitio al asno, lo ata a un árbol junto a un arbusto y el equino empieza enseguida a zampárselo. Camina hacia las alturas, hacia la quebrada que cruzó la víspera, torcerá hacia el este, en dirección a un gran monte bajo, quién sabe si de sus arbustos no saldrá un faisán, una avutarda, un conejo que estaría encantado de desollar y luego descuartizar para asarlo a la parrilla, las costillas y las ancas quebradas, aplastadas con una piedra, como en otros tiempos hacía su padre. Camina una hora, luego dos, las nubes lo protegen del sol, no anuncian nada bueno, bien que lo sabe, van a concentrarse hasta convertirse en una niebla espesa que ahogará la quebrada, la embotará con un gélido forro, luego un primer rayo desgarrará la montaña, una tibiaza rasgará el frío, unas gotas gordas y blandas levantarán el olor de la tierra y luego llegará la lluvia y cubrirá las piedras y colmará los arroyos hasta el mar, encabritado de espuma.

Sigue caminando,

Señor pronto será el día de la Pasión,

te avergüenzas cuando piensas en Su Nombre; asido a tu fusil atraviesas Su naturaleza,

todas las cosas cantan Sus alabanzas y Su gloria florece,

atraviesa los arbustos, escucha el batir de las alas, el crujir de las ramas. El monte bajo está abrigado por dos pendientes pedregosas y en su centro serpentea un pequeño arroyo seco; remonta ese valle estrecho hasta encontrar un lugar perfecto en que emboscarse, una roca al abrigo del viento, contra la pendiente, que domina un poco los bosquecillos de arbustos bajos (mirtos, brezos, jaras con flores arrugadas color rosa, como de papel, bolas de vegetación veteadas de zarzas) que invaden el antiguo curso del torrente. Se tumba en el suelo, con el cuerpo escondido por la piedra, el fusil a su vera; lamenta una vez más no tener unos prismáticos, unos buenos prismáticos con los que podría detectar, sin ser visto, el menor movimiento en los matorrales. El sol tras las nubes resulta invisible, no hay sombras ni deslumbramiento posible, los animales salen para buscar macho o hembra, para reproducirse, para construir un nido, adornar con hierbas una madriguera, participar en el desbocamiento funesto de la naturaleza, funesto porque siempre hay un fusil, un halcón, un depredador presto a ensangrentar semejante ballet con su zarpa, con su garra o su cartucho. Respira profundamente el aroma de la tierra, en la espera se embriaga de tomillo,

tus recuerdos bullen enjaulados a lo lejos, vivirás sin ellos unas horas,
sabe que va a retrasar lo más posible el momento del disparo para
disfrutar de esa calma rumorosa que parece agitarse cuando uno la observa.

Sentada en la penumbra de la cabaña con la espalda recta con las manos sobre las rodillas espera el momento en que la viole, espera horrorizada el momento en que la viole, se ahogaba de miedo cuando el hombre ha abierto la puerta de la casucha, cuando su sombra se ha impuesto a contraluz, ha tensado todos sus músculos, ha apretado las mandíbulas, sabe quién es él, todo el mundo sabe quién es él, solo ha pospuesto su ejecución porque antes de matarla la quiere violar,

como el carnicero que mantiene con vida a un animal en su corral para sacrificarlo más tarde,

la casucha está en silencio, a veces oye un pájaro afuera; las vigas y las chillas crujen al calentarse, una mosca perdida da vueltas en la sombra mientras el sol traza un rayo líquido en el umbral y el olor de cenizas,

podría escaparme,

bastaría con pasar un objeto (un cartón, un filo) entre la puerta y su marco para levantar el pestillo en el exterior, quizá haya una cadena que ella no ha visto, un candado que no ha oído abrirse cuando él entraba, y sobre todo está el hombre, cómo adivinar su posición, ya no ve su sombra inscribirse en rayas de noche bajo la puerta. Puede que se haya marchado, con el asno, y esa posibilidad la colma de dolor, el asno es viejo y tuerto pero ha estado junto a ella tanto tiempo, ella lo curó en su refugio, le llevó su heno, le examinó las patas, el asno ha cuidado de ella como ella ha

cuidado de él, dónde está ahora, es una locura un riesgo inmenso quiere estar segura, se le acelera el corazón, quiere, se levanta, coge una barra de metal que hay junto al cubo de cenizas, introduce la punta entre la puerta y la pared, la sube para levantar el pestillo, tras varios intentos lo logra, la puerta se abre a un cielo velado, casi negro hacia el mar, permanece avizor con el atizador en la mano, afuera no hay nadie, la albarda del asno está ahí en el porche, no hay nadie, cerca del pozo no hay nadie, nadie donde el limonero, nadie donde el naranjo, avanza poco a poco, cruza el murete, llega al pedregoso campo de olivos, el hombre no está, el asno come de un arbusto, más tranquila se acerca a él, él le mete los ollares y la testuz bajo la axila para saludarla, luego le lame la mano, ella le acaricia el cuello,

soy yo, soy yo, preciosura,

las llagas de tu lomo supuran, no cicatrizan,

tengo que curártelas antes de que se te llenen de moscas,

puede que el hombre vuelva,

ella sabe quién es, esta casucha pertenecía a su padre o a su tío,

Dios qué será de mí,

podría recoger lo estrictamente necesario y huir con el asno, hacia la quebrada, las crestas, no quedarse aquí esperando a ser violada por esa frialdad de cuchillo,

la quebrada, las crestas, la frontera, las lágrimas le nublan los ojos, no es un viaje para una mujer sola, seguro que se topa con otros fugitivos, otros exiliados, una familia, quién sabe, podría unirse a ellos, poner el asno a su disposición para llevar a los niños,

la guerra lo ha reducido todo a cero, todo borrado todo cepillado todo limado, los automóviles calcinados en el arcén de las carreteras los aviones manchas en el sol poniente un estruendo un silbido y todo arde en llamas entre alardos de derrota, de pronto los vecinos escupen ante ti, sus hijos se

dan aires y amenazan, vosotros devenís presas, erais los amos y devenís presas de sus miradas sucias, la guerra mancilla de odio la mirada de los niños, de odio y fatiga, todo crece, todo multiplica el Mal y el dolor, el ardor de la violación puede leerse en todas las frentes manchadas, las nucas encogidas bajo la vergüenza de la cabeza pelada, las nucas encogidas para recibir los golpes.

Acaricia al asno y estrecha su cuello entre sus brazos, es todo cuanto le queda de antes de la guerra, el asno lame el sudor en su cara, pálida entre las alas brillantes de su cabello de ámbar,

ven aquí asno venga nos marchamos, tomemos el camino de la quebrada, antes te daré de beber, no te volveré a poner esa estúpida albarda que te está desollando, vámonos antes de que vuelva el hombre,

tira del asno por la cuerda hasta el pozo, levanta la placa metálica y llena el cubo de hojalata que el hombre ha dejado allí, se rocía con agua helada, se lava por debajo de la falda levantándola un poco, tiene miedo de desnudarse por completo, un aseo breve y luego abreva al asno, que bebe ávidamente.

Unas nubes blancas y densas tapan el sol, una brisa tibia llega del mar lejano, grave trazo púrpura bajo el cielo de algodón.

Entra en la casa un momento para recoger algunas cosas, la ropa, las provisiones, lo enrolla todo en dos sábanas y las ata, las pone en equilibrio sobre la cruz del asno; lo deja aún beber un buen rato a pesar del inmenso miedo a que el hombre vuelva, el ogro va a volver y encontrará su despensa vacía de mujer, le han hablado de ese hombre es peor que un ogro, tira del asno hasta el paso en el murete, coge algunas naranjas y empieza a subir el sendero que conduce al collado, el asno tras ella, preguntándose de dónde habrá sacado el valor para escapar de esa forma; puede que el hombre se haya ido por ese mismo camino, tiene miedo de cruzarse con él, qué podría

hacerle, seguramente la golpearía, la llevaría de vuelta a la cabaña, si no
¿por qué la habría encerrado?

Para atemorizarme antes de violarme,
me perseguirá, no sé adónde ir, al exilio, cómo ir al exilio sola,
camina rápido, el asno tras ella, sube la cuesta que conduce al collado sin
saber que una hora antes el hombre tomó ese mismo camino,
el hombre deja pasar los pensamientos salvajes, los recuerdos y el viento,
la mente en blanco como el cielo,
espera detrás del fusil, espera una presa, un movimiento en el follaje, es
cuestión de paciencia, de suerte y de paciencia,
puede quedarse ahí hasta la tarde, hasta que anochezca, en unas horas, si
se mueve volverán a fluir los pensamientos, huele el aroma de la primavera
en la montaña, la tierra recalentada por el sol de esta mañana antes de que el
cielo quedara velado por una mortaja exánime, de momento solo le han
pasado por delante dos lagartos, dos lagartos y un sinnúmero de insectos,
escucha los cantos de los pájaros, a veces el chasquido de sus alas, pero
ninguno se ha aventurado hasta la muesca del alza, el cartucho está en su
lugar, el gatillo bien reglado, él preparado, curiosamente el hambre ha
desaparecido para dar paso a la excitación de la caza,

no permitas que los pensamientos vuelvan, la mujer, las mujeres, la mujer
que has dejado en la casa sentada con las manos en las rodillas, tenía miedo
de ti, conoces perfectamente eso que ella desprendía, su rostro, sus
hombros, su cuerpo recorrido por el terror, arañas invisibles trepando hasta
su pecho, y tú percibías esos temblores, ese olor,

ahuyenta ese pensamiento, lo borra, observa una alcaparra cuyas hojas
lisas caen en ramas contra una retama en flor, mezclando el amarillo
insolente con el verde más inquietante, el aire está saturado de aromas
cálidos, del sol en polvo a su alrededor; se mueve, se menea para

desentumecer un poco piernas y brazos, respira, en el ojo tiene como una lágrima llegada directamente de la infancia, una desesperanza, una esperanza, no lo sabe, salvaje, de pronto el sentimiento se desvanece, el sol desgarra las nubes como el pecho de un cordero, un charco luminoso se extiende entre las manchas de los arbustos, un charco luminoso se extiende sobre las piedras, los guijarros, tantos arrecifes sobre un mar deslumbrado, plagado de islotes verdes, algo se agita, lo siente, presiente la proximidad del tiro, algo se agita en la luz, algo a punto de aparecer, algo va a crujir, el sol va a ponerlo todo en movimiento, es un pájaro que se eleva, un ave grande y rojiza con rayas grises, una perdiz, no tiene más que levantar un poco el cañón del fusil para seguirla, dispara, retiene el arma con el brazo izquierdo y el hombro, el ruido es seco y poderoso, su mirada sigue fija en el pájaro, cree vislumbrar un chorrito de sangre, de plumas, antes de caer lejos en el pequeño valle, el casquillo ardiente toca el suelo con un ruido de cristal, ahora el aire huele a guerra, el olor ácido de la explosión, y él espera, a menudo las perdices van en grupo, ha visto bien el lugar donde ha caído el animal, allí, cerca de aquella planta espinosa, y él espera tumbado entre las piedras. No hay más pájaros,

mejor sería que fueras a recoger la caza antes de que pierdas de vista el lugar,

pasa la correa del arma, el metal está tibio contra su espalda, le agradece la presa al Señor, baja por el valle seco, allí sobre un cerro de caliza blanca agrietada crece un grupo de cactus, lenguas de monstruos, verdes y punzantes, la perdiz ha caído por allí, está empalada sobre una hoja grasa y espinosa de la que gotea la sangre bermeja, tiene el cuello arrancado, del buche no queda nada. La agarra por las patas. Recoge una rama seca, con una zarza ata el pájaro al palo, se echa la presa al hombro izquierdo, hatillo sanguinolento, sube un poco entre las piedras y los matorrales de brezos; los

romeros en flor murmuran y exhalan tanto como los pistacheros sus aromas de ungüento, sus olores a farmacia que en la naturaleza sorprende,

a la enfermería solo fuiste una vez, no por nada como ellos pensaron, herida no tenías ninguna, pero tampoco nada, un gran dolor invisible que no explicaste,

la propia naturaleza recuerda a la guerra,

la naturaleza,

de nuevo se tumba al acecho, todavía tiene muchos tiros de reserva en el cargador, suficientes para todas las perdices de la montaña, todas las palomas y todas las liebres.

VIII

El 10 de septiembre de 2001, en el albergue La Lechuza Blanca en Wannsee, frente a la isla de los Pavos Reales y al crucero Beethoven, durante la cena, la víspera de la inauguración de las Jornadas Paul Heudeber, se habló mucho más de la leyenda Heudeber, de la estatua Heudeber, que de mi padre. Es lógico: Pawley y Kant fueron de los que más contribuyeron a erigirla, esa estatua, Pawley, Kant y Maja, quienes, si debo dar fe a este extracto de mi diario de la época, redactado en mi camarote después de nuestro regreso a bordo del Beethoven cuyas amarras vibraban suavemente sobre las aguas oscuras del lago, al salir del restaurante estaban ligeramente borrachos:

Cena Jürgen Thiele – Linden Pawley – Robert Kant – Maja. Albergue Wannsee, La Lechuza Blanca. Velas. Todos han bebido mucho. Entre gran alegría y profunda tristeza al evocar a papá. Pawley tartamudeaba, el alcohol o la emoción o ambos. Maja me ha avergonzado un poco, beber y coquetear a su edad. Miedo (o profundo deseo) de que todo este pequeño mundo caiga al lago por accidente al subir al barco.

Qué sensación tan horrible releerse veinte años después. Peor aún que encontrar una vieja fotografía. Recuerdo que luego salí a la cubierta del barco para tomar el aire antes de revisar mi discurso de la mañana siguiente y poner en orden las transparencias para mi conferencia de presentación del coloquio, una conferencia titulada «Matemáticas y resistencia». La

siguiente entrada de mi diario (probablemente redactada después del desayuno) no tiene desperdicio:

Levantada al amanecer, dolor en el bajo vientre. Típico de los días de miedo escénico. Abierto las cortinas al sol que iluminaba el castillo de la isla de los Pavos Reales más allá de los árboles, al otro lado del río. Dolorosamente hermoso, otro efecto de la emoción. Pensado en papá. Cómo hacer para no decepcionarlo. ¿A quién van a interesarle aquí Nasiruddin Tusi y las matemáticas en el momento de las invasiones mongolas? ¿Ese viejo chiíta recluido en las montañas de los Asesinos? ¿Su perspectiva de los números irracionales? ¿Sus círculos, sus elipses, sus órbitas? Qué soledad.

La soledad del historiador de las matemáticas, a quien ni los historiadores ni los matemáticos leen.

La soledad, pues, de la historiadora de las matemáticas en el umbral de la vejez, en su apartamento berlínés, calle del Castillo en Steglitz, la calle más ruidosa del barrio, un apartamento situado encima del que tuvo alquilado mi madre hasta 2005.

Maja Scharnhorst fue una niña abandonada a la que, sabe Dios por qué, le pusieron el apellido de un viejo general prusiano; dice la leyenda que la encontraron, una mañana al amanecer, al pie de la estatua de dicho general en Berlín, junto a la Neue Wache, en Unter den Linden. Mis investigaciones recientes en los archivos de la época solo confirman que la niña fue confiada al orfanato con una nota en la que se precisaba su nombre, «Maja Scharnhorst», sin concretar en qué circunstancias fue hallada ni detalles sobre el parto, ni siquiera su fecha de nacimiento, que decidieron teniendo en cuenta la edad aproximada de la lactante. (Muchos amigos, enemigos y camaradas de Maja creían que era una de las descendientes del susodicho general, que en realidad se llamaba Maja von Scharnhorst pero no utilizaba

la partícula por convicción política; ella nunca hizo nada por sacarlos de su error). Maja es una huérfana de la Revolución y luego una niña de la República de Weimar, criada en el orfanato Lindenhof, en Lichtenberg, fundado por el pedagogo Karl Wilker. A diferencia de la mayoría de las huérfanas, a quienes en la época adiestraban como animales de granja para convertirlas en esposas sumisas y madres eficientes, ella tuvo acceso a una educación y luego hasta encontró el dinero necesario para cursar estudios secundarios; acudió a una escuela secundaria de muchachas donde, como ella misma cuenta en sus memorias, aprendió mucho menos que en la sección del Partido Socialista, que en julio de 1933 pasó a la clandestinidad. A los quince años, el Partido ya la utilizaba para transmitir mensajes, para hacer de contacto entre camaradas diseminados por las cuatro esquinas del inmenso Berlín: ¿quién iba a desconfiar de una jovencita? Nadie desconfió. Ni siquiera en la Liga de las Jóvenes Alemanas, organización femenina hitleriana a la que perteneció por la fuerza hasta el momento en que dejó Alemania en 1938.

Maja es una figura de la Resistencia y la Democracia.

Maja me abandonó por su carrera política como la abandonaron a ella misma.

Durante mucho tiempo, sentí en su mirada una ira que se atenuaba en un odio silencioso.